

(216)

CAPITULO VII.

Confesion

de Ceodoro Cyphon.

He reprimido mucho tiempo el deseo de haceros una confesion que os probará, que si hasta aquí he podido pareceros un ser razonable, no he dejado por eso de ser el esclavo y la víctima de mis pasiones. Yo no debia nunca divulgarlo, sino antes bien morir con este fatal secreto; pero la amistad, la confianza de que vos y vuestra amable hija me habeis dado tan-

(217)

tas y tan interesantes pruebas, no me permiten dejaros ignorar por mas tiempo quién es el hombre por el que tanto os habeis interesado.

 Mi abuelo era un hombre rico y titulado. A su muerte sus dos hijos entraron en posesion de su herencia. El mayor llevó la propiedad que daba el nombre á la familia, y el mas jóven una hacienda que producía ochocientas libras esterlinas de renta; cantidad suficiente, decia él, para darle la idea de la opulencia, y para impedirle pretender mayor fortuna que le obligase á sacrificar su independencia, y someterse á hacer la corte á un ministro.

 A este último hijo es á quien yo

debo la existencia: se casó mui jó-
ven con una muger de doblados
años que él, la cual vivia con un
tio suyo anciano, y esperaba gran-
des bienes; pero el tio viéndose
solo, se cansó pronto del celiba-
to, imitó el ejemplo de su sobri-
na, y tuvo un heredero que des-
truyó las esperanzas de mi padre.
Desde entonces tuvo este último
una secreta envidia en su corazon:
no veia sin enojo á su hermano
mayor gozar de una inmensa for-
tuna y de un título para el que se
creia tan á propósito como él. La
diferencia que existia entre la do-
minacion de Mr. Ciphon y la de
milord D.*** le inclinó por con-
secuencia á volver todas sus mi-
ras hácia mí, y asegurarme para

lo futuro lo que no podia esperar
para si mismo; y mientras me de-
jaban ignorar cuáles debian ser
los deberes de un hijo para con su
padre, me enseñaban con mucho
cuidado á bajar respetuosamente
la cabeza bajo el yugo de mi tio.

Este, en cuya casa pasaba la
mayor parte del año, tenia en sus
estados un beneficio que producía
de renta trescientas libras esterli-
nas: se lo habia conferido á un
hombre cuyo principal mérito era
el de ser cazador, y de tener un so-
berbio órgano de voz que desplega-
ba, no para brillar en el púlpito, si-
no para agradar en la mesa de Mi-
lord, á la que era frecuentemente
convidado. Cuatro ó cinco veces
al año solamente se prestaba á leer

un sermón copiado de algún autor desconocido á los ignorantes aldeanos. Para el resto de sus funciones descansaba en un hombre de una salud muy delicada, que vivía en un pueblo inmediato, y que tenía muy buena opinión por su piedad ejemplar y por su pobreza.

Treinta libras esterlinas por año eran la única recompensa acordada á los trabajos de Hanson, que estaba no solo encargado de predicar, de los bautizos y de los entierros, sino que debía aun hacer la colecta de los diezmos para el patrono: este era sobre todo el cuidado que mas costaba á su corazón; pero la dulzura con que desempeñaba este penoso deber,

hacia desaparecer todo lo que tenía de odioso.

Yo habia visto muy frecuentemente á este hombre respetable; pero no habia experimentado aun el deseo de conocerle mas particularmente. Mis primeros años se habian pasado sin hacerme sentir la necesidad de la instruccion, y estaba aun á la edad de catorce años en la mas perfecta ignorancia. La casualidad me puso un dia en las manos la historia de los Espartas: yo no pude menos de admirar el genio guerrero de este pueblo y su sobriedad extraordinaria; pero la extrema tiranía que ejercia con los Ilotas, tenía para mí alguna cosa de repugnante. La comparaba con el modo que tenía

mi padre con sus vasallos, y por la primera vez de mi vida empecé á sospechar que esta conducta estaba lejos de ser conforme con los principios que dicta la naturaleza.

En este mismo tiempo Hanson habló en uno de sus sermones del sabio Licurgo. Los sentimientos de patriotismo que ponía en la boca del legislador, produjeron el mayor entusiasmo en el fondo de mi alma, y me hicieron formar del orador la mas alta opinion. Yo no habia visto del mundo apenas sino ricos y nobles: las conversaciones en que habia tomado parte, eran sobre las cualidades de un caballo, sobre los inconvenientes del impuesto territorial, sobre las leyes relativas á los propietarios,

sobre las elecciones, sobre la importancia de los votos, sobre la caza, la pesca, etc. Nada habia oido aun que respirase el amor de la patria y de mis semejantes, como el discurso de Hanson; y concebí desde entonces el mas vivo deseo de cultivar su conocimiento y su amistad, y aprovecharme de sus instrucciones.

Me fuí á su casa al dia siguiente: su domicilio consistia en una casa humilde rodeada de algunas toesas de terreno que cultivaba para tener frutas y legumbres: sin embargo, se observaba en este asilo de la pobreza una limpieza admirable. Tres niñas, de las que una tenia con corta diferencia mi edad, ocupadas en trabajar á el

lado de su madre, fueron los primeros objetos que se presentaron á mi vista; y yo no sé por qué, me hallé tan turbado en el primer momento, que me costó mucho trabajo preguntar si Hanson estaba en casa: el tono dulce y cariñoso con que me contestó la señora Hanson, me repuso al momento; y mirando al rededor de mí, vi con admiracion la modesta color sonrosada que cubria la frente de las tres jóvenes al aspecto inesperado del heredero presuntivo de su señor. La una de ellas, sobre todo, me llamó la atencion mas que las otras; pero, como de comun acuerdo, volvimos al momento los ojos con una aparente confusion.

Elisa tenia dos años menos que

yo: no habia yo visto aun sino mugeres toscas abrasadas por el sol; y Elisa, dotada de encantos infinitos, fresca como la rosa, y con la imagen viva de la modestia, me pareció ser la obra maestra de la naturaleza.

Hanson estaba entonces con un enfermo, suministrándole socorros y consuelo; esperé su regreso sin impaciencia: tal era el placer que yo experimentaba de verme en compañía de Elisa. Llegó al fin Hanson, hablé con él, me admiró la profundidad de sus conocimientos, y empecé á avergonzarme de ser tan ignorante, yo que hasta entonces habia estado acostumbrado á mirarme como superior á todo cuanto me rodeaba. Entonces

fue quando yo reconcí la necesidad de la instruccion , y tomé la resolución de aprovecharme de las luces de Hanson , si queria encargarse de mi educacion. Es mui posible que la vista de Elisa influyese mucho sobre esta determinacion, porque sentia ya la necesidad de merecer su estimacion. Por su parte Hanson , mui satisfecho de que el objeto de mi visita no se dirigiese á sus hijas, y no fuese relativo sino á mi instruccion , tuvo un placer en preguntarme , sondear mis disposiciones , y aconsejarme sobre la eleccion de mi lectura.

Mi tio nunca habia conocido la necesidad de hacerme adquirir algunos conocimientos; y mi padre,

que queria tomase yo sobre él un completo ascendiente , no habia querido violentarle en su manera de educarme. Teodorico vivia como los animales de sus bosques: sus vasallos no eran vejados; pero les exigia consideraciones sin número: era estremadamente severo sobre la caza; y aunque no hubiese querido casarse , un número considerable de niños del pais hubieran podido llamarle su padre: una muger era para él lo que es una buena mesa para un gloton: como muchos ricos , no tenia otra lei que su voluntad , y para satisfacerla no habia perfidias de que no se hubiese hecho secretamente culpable. No tendremos sino muchas ocasiones para probarlo en

el discurso de la historia.

Hanson me habia inspirado el mas vivo interes: yo iba á ver á mi padre algunos dias despues de la primera visita que habia hecho á este digno eclesiástico, y le supplicaba se interesase con mi tio para que le diese el empleo del señor Dromond que tomaba las rentas de su beneficio sin cumplir las cargas.

Este hombre, me respondió mi padre, canta con mucha perfeccion, agrada á tu tio, y en cuanto á Hanson, conviene que sea lo mismo que es: si todos los eclesiásticos fuesen instruidos y comunicasen sus luces al populacho, ¿qué serian muchos hombres? ¿Pero de dónde viene, pues, este in-

teres tan estremado que tomais por Hanson?

Yo respondí, que mi mayor deseo estaba en instruirme; y que no pudiendo sacar provecho de la educacion que se adquiere en los colegios, Hanson estaba en estado de suplirlo, proporcionándome los conocimientos apetecibles en el estado para que yo era destinado.

Mi padre pareció sorprendido, y me preguntó á qué estado me creia yo destinado.

«Si es al de señor de grandes fincas, no tienes necesidad ni aun de saber firmar tu nombre: vive independiente, como yo lo hago, y no olvides jamas esta bella máxima de Séneca: vale mas ser el

primero en una aldea, que el segundo en el estado.

— Si he sido destinado, respondí yo, á ser señor de tierras, tendré procesos que sentenciar; ¿y cómo podré yo lisonjearme de sujetarme estrechamente á las reglas de justicia, si no soi mas que un ignorante?

— ¡Mal pretexto! repuso mi padre: ¿no tendreis vuestro bailío?» Yo insistia. «No me opongo á ello absolutamente, dice en fin mi padre, y se podria aumentar alguna cosa á la renta de Hanson por las molestias que tú le darás; pero sobre todo, no contraries en nada á tu tio. A propósito, dime: ¿cómo está de su asma? El doctor Flint me ha dicho el otro dia que el po-

bre hombre se acababa mas y mas de dia en dia.»

Mi padre habló en efecto algunos dias despues á mi tio: las cosas se compusieron, y Hanson fue encargado de mi instruccion. Entonces fue cuando se dilataron mis ideas, y cuando empecé á considerar las cosas bajo su verdadero punto de vista. El primer uso que hice de mi razon, fue fijar una mirada con atencion sobre la conducta de mis padres, y de indignarme, considerando el estado de miseria en que los labradores vivian en los estados de mi padre, y el de esclavitud á que se hallaban reducidos los vasallos de mi tio. La situacion en que yo me hallaba, la ciega sumision á que yo

estaba condenado, eran para mí un peso casi insoportable; pero como mi tío me dejaba bastante libertad, mi padre exigía imperiosamente de mi parte una obediencia absoluta; y más que todo esto, como Hanson me invitaba á ello, continué viviendo como lo había hecho hasta entonces.

Yo no tenía cosa alguna esencial de que reconvenir á mi tío, y le miraba como un ser bastante humano; pero yo debía abrir bien pronto los ojos y ser testigo de un acto atroz de tiranía, suficiente para deshonrar á un Calígula ó un Neron.

Me hallaba un día en un gabinete vecino del cuarto de Teodoro, cuando este y su mayordo-

mo, habiéndose entregado á una conversacion seria, llamaron mi curiosidad estas palabras de mi tío: «¡Cómo! ¿este vil insecto, este miserable Simpson se niega, decidme, á darme su hija? ¿No soi yo quien le ha sacado de una casa de caridad? ¿No le he arrancado de la esclavitud? ¿No le he establecido en una hacienda que hace hoy su fortuna? ¿Y me niega una bagatela, una hija, que sin mí estaria como él reducida á mendigar la caridad de puerta en puerta? ¿Y qué disculpa puede dar?

— El dice, responde el mayordomo, que es padre de su hija, y que tiene el derecho incontestable de disponer de ella á su placer.

— Ha mentado, exclamó Teodo-

rico; aunque fuese Par del reino, no podrá disponer de ella hasta que tenga veinte y un años.

—Eso es lo que yo le he dicho, Milord: le he dicho mas aun; que vos le exonerariais de todo arriendo, y que cuando estuviesséis fastidiado de su hija, la enviariais á Lóndres, donde la casariais, con doscientas libras esterlinas de dote, con algun artesano honrado, como lo hicisteis con Patty Dickens y Susana Mabson, que hoy se hallan bien equipadas. Y bien, ¿creeréis, Milord, que esto no le ha hecho sensacion? Me ha respondido que él era un honrado breton, y que no consentiria en la deshónra de su hija por el valor de tres reinos.

—Basta, dijo airado Teodorico: yo sabré probarle con quien trata: yo haré que caigan todos los males sobre su cabeza; y nada podrá librarle de una ruina total. ¿Cuánto debe de sus arriendos?

— Tiene un buen arriendo, Milord; y como es un cultivador mui económico y mui industrioso, paga regularmente todo lo que debe; pero V. S. sabe lo que hemos hecho de Martin, que al presente es soldado en la India. ¿Quién nos impide poner un mosquetero á las espaldas de Simpson?

— No: se sustraeria á mi poder: yo le convertiré en polvo: quieto.... No tardaré en poner en ejecucion un plan....»

Me estremeció el oír estos ana-

temas , y mas aun considerando que no estaba en mi mano disipar el huracan que amenazaba á una familia respetable ; el único medio que yo imaginaba fue el de ir á informar de todo á mi padre, confiado en que cifraria su gloria en protegerla.

«¿Qué es lo que dices? me respondió gravemente mi padre. Eso es lo que se ve algunas veces en el mundo. Hai hombre rico que se considera con derecho de hacer todo lo que quiera : no adquiriendo en su imaginacion mayor fuerza este derecho sobre aquellos á quienes permite vivir en sus estados y de sus salarios.»

Yo tenia entonces diez y seis años ; pero esta moral no era de

mi gusto. «Es cierto , exclamé yo con indignacion , que algunos hombres no se creen libres sino cuando tienen el poder de esclavizar á sus semejantes , y que todas sus acciones se dirigen á esto.»

En la tarde del dia en que yo habia oido la conversacion de mi tio y de su mayordomo , y en la que le tomé un secreto horror, pasé cerca de la posesion de Simpson : yo le ví ocupado en su vergel : su muger y su hija hilaban á la puerta. Esta última era hermosa , modesta , y me representó en todo la imágen de Elisa. «Allí está , me dije yo mismo , la flor encantadora que desea el infame raptor , y que la mano de la violen-

cia se dispone á arrancar de su rama : al precio de su deshonra es como un mónstruo quiere dar la paz á este asilo. ¡Pero la paz! ¡Oh! no , no existirá ella mucho tiempo en estos lugares.»

Este aspecto escitó en mí un sentimiento doloroso ; mis ojos se llenaron de lágrimas , y no pude mirar mas á estas desgraciadas víctimas. Yo las comparé á Elisa , á su padre , y esta sola idea me destrozaba el corazon ; pero me regocijaba contemplando que el señor Hanson era un hombre prudente , que sabia que la pobreza es un débil apoyo contra la violencia , y que se conducia segun este principio. Vigilaba sobre sus hijas con el mayor cuidado ; ape-

nas las dejaba pasar del umbral de su puerta , y ponía toda su atencion en darlas la mejor educacion posible.

Desde el dia siguiente supe que la casa de Simpson habia sido descubierta por órden de mi tio , bajo el pretexto de hacer en ella algunos reparos : se habian quitado las ventanas , las puertas habian sido levantadas de sus gonces , y las principales paredes derribadas: los ganados , libres desde este momento , y espantados de intento , se habian esparcido por los campos de mi tio , que no se descuidó en mandarles recoger , y formar causa á Simpson. Seguro de su justicia trató este de defenderse ; pero el abogado á quien confió su